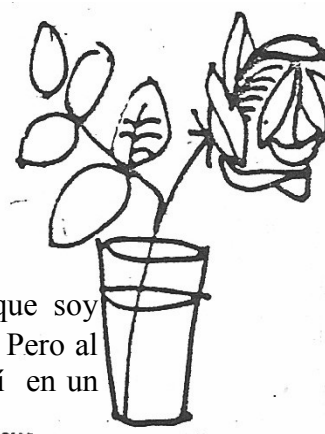


## Una sorpresa



¡Hola amigos! No hay día sin sorpresa. Desde ahora, un respeto, que soy importante. Nadie da un euro por un concurso literario si conoce los entresijos. Pero al comienzo de estas vacaciones me dio por ahí: “Concurso de relatos cortos” leí en un pequeño anuncio. ¡Y mandé mi relato!

Ayer sonó el teléfono: Me convocaban para entregarme un diploma de finalista. Acto y cena solemne, incluido hotel y viaje para dos personas desde cualquier rincón del país. Yo estaba en el kilómetro cero de Madrid. Ni viaje, ni acompañante, ni premio ¡Vaya por Dios!

Decidí no ir ¡Ando tan liada! Quiero que el premio me lo deis vosotros. Si es justo, claro. ¡Me hace tanta ilusión! Aquí va el relato. Como casi todo lo mío es un “reality”. ¡Hasta pronto! Déborah

## “NO, NO GRITÉ”

Yo sabía que las cosas inertes tienen una fuerza misteriosa. Pero nunca pude definirlo. Aquella mañana, en la clase de Literatura, cuarto de bachillerato, se hizo la luz.

La profesora nos hablaba del poeta Virgilio. Solía explicarnos recorriendo la tarima a grandes zancadas y, ponía tanta fuerza en sus palabras, que la hermosa trenza rubia se le deshacía por la espalda.

La señorita Celia, a veces miraba al mar desde las ventanas de la clase, otras sonreía, agitaba las manos y acogía los bostezos de los pupitres con palabras proféticas. Se detenía ante un muchacho: No se preocupe. Yo sé que, a usted, no le importa lo que explico, pero tal vez dentro de dos generaciones, alguien de su familia se emocionará leyendo un poema. Y no sabrá que aquello viene de usted y de mí, que estamos hoy en esta clase de Literatura.

Aquel día acabé enamorándome de Virgilio porque sus ojos oscuros y tristes, vertieron, a un latín purísimo, el alma que descubrieron en las cosas... “Sunt lacrimae rerum ut mentes mortalia tangunt”... “Hay como unas lágrimas en las cosas, que conmueven a los hombres...”

Desde entonces, traté por mí misma de descubrir el fondo misterioso de las pequeñas cosas que nos rodean. Comprendí por qué me entristecían los relojes con sus campanadas lentas y por qué me hacían reír las jaulas de los grillos.

Las cosas de cada día se me presentaron como novedades insólitas. Y no es que fueran de por sí nuevas, era su invisible secreto, su roce cotidiano con la vida, lo que las revestía para el mundo de una constante originalidad. Nada era inútil. Hasta la cosa más humilde tenía su razón de ser, su clave íntima que podía explicar el universo.

Un día mi experiencia fue tangible. Nadie ha sabido nunca por qué, mientras toda taza nueva se rompe, las viejas y desportilladas de porcelana, desafían impávidas al tiempo. Aquel borde desdentado era para mí una auténtica vergüenza. De hoy no pasa. La esperé después del desayuno, la apreté bien en mi mano y golpeé con fuerza en el canto del fregadero de mármol. Una vez y otra y otra. Inútilmente. La taza se resistía a morir. Note su pequeña panza temblar bajo mi mano. ¿Será posible que la vida tenga tanta fuerza que hasta lo más pequeño y viejo se resista a morir? ¿Se niegue a dejarnos?

Era la primera tarde de calor. Madrid estaba desierto aquel domingo. Busqué un taxi con el pequeño anuncio en la mano. “Liquidación de muebles y enseres por exigencias de testamentaría. Espartinas, 8. Solamente hoy”.

Nos detuvimos en un barrio céntrico. El portal olía a repollo pero el ascensor funcionaba. Con la puerta abierta, el piso parecía mostrar sus vergüenzas a los visitantes, más bien pocos, de aquella tarde espléndida.

La muerte acababa de pasar porque las cosas de todos los días, aún estaban calientes. En el retrete el rollo de papel. La aspiradora en su rincón de siempre. Una silla baja con asiento de anea. En el comedor “bueno”, mil objetos menudos sobre los trincheros. ¡Cuanta pequeña cosa inútil guardan las casas! Botones, tornillos, cables, tapones de cristal, arandelas, gemelos sin pareja, tinteros vacíos...

Allí estaba el vaso diminuto de anís, la cucharilla con iniciales y el vaso artístico para el bicarbonato.

Aún aguardaba el periódico plegado sobre una mesita y el cenicero tenía cenizas. Huellas, huellas por todas partes, como si algo misterioso y repentino hubiese arrebatado a los moradores. El modesto jarrito de aluminio, la cafetera... Empezó a invadirme la angustia. En la salita, un matrimonio regateaba el precio de una pareja de jarrones chinos. Ellos, un señor calvo y yo éramos, por lo visto, los únicos atraídos por el anuncio.

Un aire desolado recorría las habitaciones. Nos fuimos poniendo de mal humor. ¿Pero es que ni siquiera han podido guardar esto los herederos? Lo dijo el señor calvo, furioso. Leía una bandeja con mención en plata “Al Teniente coronel García Cremades en señal de admiración y cariño sus compañeros”. Por lo visto el hombre que acababa de morir solo, había hecho una guerra. Aquello era irónico, cruel. Las cosas, llenas de desolación, más que llorar parecían protestar. Parecían dolerse de tanta fugacidad en su inerte desnudez.

Nunca me pareció la vida tan amarga... Tan verdadero aquello de Juan Ramón: “Y yo me iré y se quedarán los pájaros cantando...”. Todo lo desportillado y viejo seguía allí, a su modo, cantando. El modesto ser de aquellos enseres iniciaría al día siguiente una nueva existencia en el Rastro, pero la vida de D. Julio García Cremades-Teniente Coronel retirado- seguía aún temblando en los mil objetos que le rozaron. ¿Y a quién le importaba ya?

En el pequeño cuarto de estar, descubrí una mesa de camilla pequeñísima, apenas justa para una persona. Estaba cubierta con un tapete de ganchillo y tenía unas faldas de paño a rayas.

Yo buscaba una mesa así para mi estudio, un ático diminuto y frío, pero la quería tan pequeña que no había forma de encontrarla. Y de repente la tenía allí.

Me acerqué para estudiarla despacio. Nada de brasero eléctrico. Bajo el tablero, un foco potente conectado al enchufe de una de las patas. El sistema parecía eficaz: las piernas del coronel debían agradecerlo.

La pequeña mesa de camilla debió ejercer en las tardes largas del invierno su irresistible canto de sirena. ¿Cuántas horas de su tranquila jubilación pasó aquí D. Julio? A su calorcillo, el fluir incontenible de los recuerdos, la lectura hasta altas horas de la noche sin arranque para irse a la cama, las cuentas modestas, el crucigrama, el solitario con las cartas gastadas. ¿Cuánto de D. Julio no era vida de la vida de aquella mesa que me pareció tan desolada? “Hay unas lágrimas en las cosas que conmueven a los mortales...”

No, no me la llevaría. Me asustaba. Era como si estuviese viva. Me angustiaba pensar en ese hombre allí sentado porque sé que las cosas ordinarias se humanizan con nuestro roce. Y sin embargo...

- ¿Qué piden, por favor, por esta mesa?
- Cuatrocientas pesetas.

La cifra, tras muchas vacilaciones, logró ahogar mis escrúpulos. Por poco dinero, papeleta resuelta.

En mi estudio, el paisaje de tejados, de viejas barandillas fin de siglo, coronadas con antenas de TV, se ve espléndido desde la mesa de camilla. Tiene ahora, por supuesto, unas faldas bonitas de lana, azul turquesa, con estampados en azul fuerte. Muebles “old style” americanos, grabados “camp”, alfombra...El conjunto es femenino, confortable y hasta logrado según los expertos...

Pero en la vida trepidante de Madrid, donde el poder de convocatoria anda suelto, las jaulas están casi siempre sin pájaros. Cenas, entrevistas, conferencias, y esos mil acontecimientos que reclama la prensa. De la bucólica mesa de camilla, nada.

Al regresar cada noche, la misma excusa para justificarme. Mañana me quedo a trabajar. De mañana no pasa...

No, no grité. Abrí mucho la boca pero no me salió nada. Cuando empujé decidida la puerta, como cada noche al volver del trabajo, un hombre de pelo blanco, sentado en la mesa de camilla, leía el periódico. Bajo las gafas, unos ojillos penetrantes, y grises, miraban suplicantes...

Sí, llegará el día en que las pequeñas cosas, las humildes cosas cotidianas, conmoverán. Pero antes habrá pasado mucho dolor. Será como los detalles simples de los relatos trágicos, que adquieren, de repente, una impresionante humanidad.